

Intelectuales, dólares y compromiso: un comentario a James Petras

Carlos M. Vilas

Tengo un gran respeto por James Petras. Durante más de veinte años su obra ha contribuido a un mejor conocimiento de los procesos políticos en América Latina —y más recientemente también en el sur de Europa—, y en particular al análisis de la dominación imperialista en nuestro continente. Como profesor permanente de la Universidad del Estado de Nueva York, Petras ha participado en la formación de varias generaciones de investigadores críticos, promoviendo el desarrollo de una amplia red de trabajos importantes. Sus viajes frecuentes a América Latina y Europa, su amistad con varias organizaciones políticas del continente, han permitido que sus ideas adquieran una amplia difusión.

Por estas razones, y por la importancia del tema, leí con interés su artículo: “La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos”, publicado en el número 5 (julio-diciembre 1988) de *Estudios Latinoamericanos*.¹ En este texto, Petras comenta el papel del financiamiento externo, especialmente de fundaciones de Estados Unidos y Europa, en la definición de las áreas y temas de trabajo y en los enfoques metodológicos de los centros de investigación social de América Latina, y en la domesticación política de los intelectuales.

¹ A fines de octubre de 1989 Petras abundó en este mismo tema en un extenso reportaje de Gregorio Selser publicado en el diario *La Jornada*. El comentario que sigue, sin embargo, se refiere exclusivamente al texto aparecido en *Estudios Latinoamericanos*, CLLA, núm. 5, México, julio-diciembre de 1988.



Petras contrapone dos modelos o tipos de intelectuales latinoamericanos: el intelectual orgánico de la década de 1960, ligado a la problemática de las luchas sociales y políticas, simpatizante de las propuestas revolucionarias o de transformaciones profundas, y el intelectual institucionalizado de la década de 1980, cuyos estudios teóricos y empíricos “se enmarcan en un contexto ideológico que suministra un terreno intelectual inadecuado para desarrollar un compromiso con las luchas de clase emergentes”. El tránsito de uno a otro estuvo enmarcado por el establecimiento de dictaduras militares que intervinieron las universidades y reprimieron el pensamiento crítico en la segunda mitad de la década de 1960 y en la de 1970; los centros de investigación que fueron creándose, o ampliándose, alojaron a buena parte de los intelectuales excluidos de las universidades. A falta de un presupuesto estatal, debieron recurrir al financiamiento de agencias gubernamentales y no gubernamentales externas.

Petras afirma que la domesticación de los intelectuales es el resultado de esta fuerte dependencia del financiamiento externo. A fin de sobrevivir en algunos casos, crecer y proyectarse en otros, los centros y los intelectuales ligados a ellos tuvieron que aceptar las líneas de trabajo, las prioridades y los enfoques promovidos por los donantes. Esto condujo a un relegamiento de otros temas y enfoques; en particular, señala Petras, fueron crecientemente marginadas las investigaciones referidas a la dominación imperialista en América Latina, a la articulación entre clases dominantes locales y aparatos de Estado e intereses norteamericanos en la región, a las bases sociales y económicas, vale decir de clase, de los regímenes políticos. En su lugar, se puso énfasis creciente en el rigor metodológico, independientemente de la relevancia sustantiva de los temas y los enfoques desarrollados.

Hace algunos años tuve oportunidad de llevar a cabo una evaluación sistemática de varios de los más importantes centros de investigación social de Centroamérica y América del Sur, que incluyó extensas discusiones con sus directivos e investigadores, lectura de *toda su producción científica de los cuatro años inmediatamente anteriores*, entrevistas con investigadores e intelectuales ajenos a los centros, funcionarios de las agencias gubernamentales de ciencia y tecnología, y personas e instituciones vinculadas de alguna manera al tema.² Aparte de eso, me he formado íntegramente en la tradición académica e intelectual crítica latinoamericana y, hasta donde he podido, he tratado de fortalecerla. Vivo y trabajo de manera permanente en América Latina; durante dos décadas he desarrollado actividades académicas en universidades de América del Sur, Centroamérica y el Caribe, y también en centros de estudios latinoamericanos de universidades de Estados Unidos y Europa. Me considero, por lo tanto, en condiciones técnicas de opinar sobre esto, además de sentirme aludido vitalmente en mi condición de intelectual latinoamericano.

Para comenzar, diré que coincido con Petras, pero sólo parcialmente. Comparto sus apreciaciones en torno a una evidente moderación ideológica de las principales corrientes de análisis social en América Latina y, sobre todo, sus señalamientos sobre una creciente atención prestada a lo que puede designarse como factores endógenos en las luchas sociales del continente. Estoy de acuerdo también en que desde el reflujo, a mediados de la década de 1970, de los estudios sobre la dependencia —con toda su inmensa variación de aspectos, enfoques, estilos—, el imperialismo, la dominación externa o el neocolonialismo, o como quiera llamárselo, ocupa un espacio reducido en la producción científica de la región, y en el caso de algunas instituciones de investigación, es apenas una referencia oblicua. Lo mismo debo decir respecto de la despolitización del tratamiento de los fenómenos políticos, de los que las corrientes predominantes en el estudio de los procesos de democratización ofrecen los ejemplos más notorios. Me parece importante que vuelva a plantear el tema de la influencia del financiamiento externo a los centros de investigación, una cuestión que desde fines de la década de 1960 se había dejado de discutir.

Al mismo tiempo, disiento con algunas de las valoraciones y explicaciones que Petras formula en torno a estas cuestiones. Considero que su análisis es parcial en su aspecto descriptivo y excesivo en su dimensión evaluativa. Mete a todo el mundo en el

mismo saco, generaliza de manera exagerada, y más que un diseño de una realidad construye una caricatura de algunos de sus aspectos, para criticar esa caricatura, o esos aspectos parciales, como si toda la realidad se redujera a ellos. Creo que, tal vez por razones de espacio o por las limitaciones de su información, Petras no explora a fondo las causas de los fenómenos que describe, y en franco contraste con la meticulosidad de sus análisis sobre otros aspectos, algunas de sus interpretaciones sobre este tema se aproximan mucho a un materialismo vulgar. En esto último, su discusión muestra un claro parentesco con el marxismo académico predominante en Estados Unidos, fuertemente determinista, y en sus enfoques sobre América Latina donde campea un excesivo énfasis en el papel de los aparatos de Estado y los intereses económicos inmediatos de Estados Unidos, y en general los condicionantes exógenos. En lo que toca a la cuestión del financiamiento externo y su impacto en la elección de temas y enfoques de investigación, el trabajo es ambiguo e indirecto, y no aporta nuevas ideas o criterios.

Tal vez en el centro de mis diferencias con Petras se encuentra su peculiar interpretación de la concepción gramsciana del "intelectual orgánico". Según Petras, "Gramsci llamaba 'intelectuales orgánicos' (a los) escritores, periodistas y economistas políticos ligados directamente a las luchas políticas y sociales contra el imperialismo y el capitalismo" (p. 83) Esta es una lectura restrictiva del intelectual italiano. Para Gramsci la "organicidad" de un intelectual deriva de su capacidad para expresar y sintetizar la propuesta política de una clase o grupo social, en principio con independencia de su propia situación de clase y de su participación en pertenencia a aparatos u organizaciones políticas determinadas. Con independencia de su profesión y, sobre todo, con independencia del signo ideológico de esa propuesta. ¿O es que la derecha carece de intelectuales orgánicos? ¿Contra quién combate entonces Petras?

Dudo mucho que los intelectuales orgánicos de la izquierda latinoamericana de la década de 1960 hayan sido, *en conjunto*, realmente orgánicos. Algunos lo fueron, otros fueron simplemente apocalípticos. En la década de 1960 y parte de la de 1970 era frecuente observar en las universidades de América del Sur una especie de esencialismo ideológico de ciertas carreras y profesiones. Sociología era, por definición, una carrera de izquierda, cuando no revolucionaria; derecho, por supuesto, era de derecha. Psicología también era de izquierda; antropología, especialmente a partir de la cuestión del "plan Camelot" en Chile, dirigido por un antropólogo, era francamente reaccionaria. Ciencia política no estaba claro. Economía también era más o menos de derecha, salvo que se tratara de economía "política", que sí era de izquierda (aunque

² Véase Hobart Spalding Jr., Lance Taylor y Carlos M. Vilas, *SAREC'S Latin American Programme (LAP): An Evaluation*, Estocolmo, SAREC Documentation Series, Estocolmo, diciembre, 1985.

Marx se dedicó más bien a la crítica de la economía política). Este enfoque infantil, cuando no ingenuo, de una esencia ideológica prefijada de ciertas regiones del conocimiento científico fue al principio patrimonio de una izquierda también infantil y no menos ingenua —pero quiero señalar que de este esencialismo nunca participaron los partidos comunistas de la región: sus errores fueron de otra índole—. Una politización superficial e intransitiva, que consiguió poco más que convencer a la derecha más recalcitrante que efectivamente había carreras y profesiones de izquierda, subversivas y disociadoras, que fueron eliminadas o severamente golpeadas por las intervenciones militares.

El involucramiento real de esta izquierda universitaria fue, en líneas generales, de escasa relevancia. Su agitación estudiantil y su virulencia conceptual no tuvieron consecuencias efectivas equivalentes en el desenvolvimiento de las luchas políticas. Su impacto académico o intelectual o literario en términos de aportes efectivos a un mejor conocimiento de la sociedad latinoamericana fue reducido, exiguo incluso. Cuando Petras recrimina a los intelectuales orgánicos de izquierda de ayer haberse convertido en los integrados de hoy, equivoca el juicio. Yo diría que, al contrario, es esa integración en el centro derecha, en la ciencia política sin política, en el estudio de la sociedad al margen de las clases, la que ha acordado un mínimo de organicidad a estos intelectuales, aunque el signo político de la mutación me guste tan poco como a Petras. En la década de 1960 decían y escribían cosas que nos gustaban más, y que se parecían más a las cosas que el pueblo hacía, o quería hacer. Pero las escribían de manera tan oscura, y las publicaban en revistas y libros tan caros, que los trabajadores, los villeros, incluso muchos de sus estudiantes, no tenían oportunidad de notificarse que se trataba de sus intelectuales orgánicos. Hoy, es innegable que estos mismos intelectuales han alcanzado una incidencia mucho más efectiva en los procesos sociales, y una articulación más fuerte a los relieves reales del mapa político, por más que el signo ideológico de su práctica intelectual sea otro.

Creo que lo mismo debe decirse de los colegas que han persistido en sus amores y opciones de antaño. Es indudable que en la actualidad no es la izquierda quien lleva la iniciativa en el debate ideológico y académico del continente. Pero si la eficacia de una línea de pensamiento se aprecia en sus efectos de mediano o largo plazo, creo que no podemos negar que hoy existe entre los intelectuales de América Latina una conciencia política más desarrollada en lo que toca a la soberanía nacional, al derecho de los pueblos a la autodeterminación, a la vigencia de los derechos humanos, al acceso a condiciones dignas de vida, a la participación popular amplia y efectiva en el diseño de sus sociedades.

Y también una sabiduría política mayor, por lo menos en lo que se refiere a emanciparnos de la sobreideologización de los análisis y a no confundir la virulencia terminológica con la eficacia cuestionadora. También sabemos más: sabemos por ejemplo que no existen recursos en el poder de los grupos dominantes y del gobierno de Estados Unidos para impedir que los pueblos se insurreccionen, pero sabemos también que las revoluciones populares obedecen a fuerzas mucho más complejas y profundas que la impaciencia de los académicos de izquierda. Sabemos que, a veces, sólo una revolución abre las puertas del desarrollo, la justicia social y el poder popular, pero también sabemos que en esto no hay nada de mecánico ni de inevitable. En resumen, después del maniqueísmo, el determinismo y la ingenuidad (o perversidad: depende cómo se miren las cosas) hemos finalmente descubierto en qué consiste la dialéctica de la sociedad.

Petras, entonces, en su afán de dotar de mayor fuerza a su argumento, lo debilita, y mete en el mismo saco a todo el mundo: orgánicos e integrados, incómodos y acomodados, víctimas y victimarios. Lo mismo que en el tango de Discépolo: “la biblia junto al calefón”.

Las ilustraciones que Petras ofrece sobre lo que considera intelectuales orgánicos de la década de 1960 son poco pertinentes para una discusión relevante. Si dejamos de lado la figura de Camilo Torres, cuyo involucramiento político directo parece haber sido en alguna medida producto de sus reflexiones sociológicas, los demás ejemplos seleccionados (Guevara, Santucho, de la Puente, Julio Castro) son cuestionables. Estos fueron conductores políticos —de extracción universitaria sin duda— y su incidencia mayor o menor en los procesos políticos de sus países tuvo lugar en función de este carácter específico. Esto es particularmente notorio en el caso del *Ché* Guevara, cuya producción escrita fue ante todo una dimensión de su actividad como dirigente político y estadista. En una interpretación curiosa de Gramsci, Petras parece afirmar con estos ejemplos que todo dirigente revolucionario es un intelectual orgánico de la clase cuyo proyecto promueve; en tal caso, la proposición debería incluir a los dirigentes políticos que no son de extracción universitaria, puesto que lo que lo convierte en intelectual orgánico no es una habilidad profesional dada, o su expresividad literaria, sino su capacidad para proponer y expresar un proyecto de organización política de la sociedad. En tal sentido Emiliano Zapata, Pancho Villa, Augusto Sandino, y una larga lista de dirigentes populares deberían ser considerados tan “intelectuales orgánicos” como los que alguna vez pasaron por la universidad. Sea como fuere, me parece exagerado reprochar al grueso de intelectuales latinoamericanos no haberse convertido en dirigentes políticos de la izquierda radical.

Creo que en este aspecto los dirigentes de la izquierda latinoamericana tienen criterios mucho más amplios que los de Petras.

Me parece moralmente cuestionable y sociológicamente errada la reducción de la problemática del intelectual latinoamericano a sus ingresos monetarios: "Los (intelectuales) encarcelados que tuvieron la suerte de ser puestos en libertad, los exiliados y los expulsados de las universidades, perdieron su principal fuente de ingresos" (p. 81). "La clase intelectual, política y económicamente vulnerable, estuvo crecientemente dispuesta a aceptar el financiamiento externo como una forma de supervivencia" (*ibid.*). "El problema de hoy es cómo asegurarse mejor la mayor suma de dinero de la agencia exterior financiadora más accesible" (p. 83). La "historia apócrifa" del director del centro de investigaciones en Chile y su madre que lo visita, es una caricatura grosera, que bordea la falsedad. Yo he visitado los principales y más prestigiados centros de investigación de Santiago y, salvo un caso, puedo testimoniar la precariedad y la incomodidad de las condiciones de trabajo de mis colegas, aunque disienta con las opciones políticas de algunos de ellos.

Me gustaría que Petras pudiera comprender que cuando nos echaron de las universidades y de otros centros de trabajo del sector público, los intelectuales latinoamericanos perdimos mucho más que nuestra fuente principal de ingresos. Primero, porque la docencia y la investigación eran para nosotros, como sin duda lo son para Petras, una forma de dar expresión a nuestra vocación política, a nuestra voluntad de cambio social, una forma de contribuir al avance de la soberanía popular y la justicia social. Por eso nos echaron, y por eso tantos colegas pagaron precios tan caros. Y segundo, porque me parece que Petras alberga algunas fantasías sobredimensionadas sobre los niveles salariales en las universidades estatales de América Latina, que ciertamente no son comparables ni de lejos a los que paga la Universidad del Estado de Nueva York, para no mencionar las facilidades de documentación, biblioteca, computación, etcétera, con que cuenta cualquier profesor, por mediocre que sea, en una universidad de Estados Unidos. Me resisto a creer que Petras considere a sus colegas latinoamericanos —incluidos aquéllos cuyas opciones políticas rechaza— como simples ganapanes, pero su texto es poco feliz.

Tampoco me queda claro en que está pensando Petras cuando habla de una "clase intelectual". Siendo un marxista, debería ser más cuidadoso en el uso del concepto. Y si se refiere simplemente a la clase como conjunto estadístico, o como grupo profesional, sus frecuentes viajes a la región deberían informarle que la "clase intelectual" latinoamericana posee una gran diversidad interna en materia de opciones políticas, prácticas profesionales, orígenes

de clase, enfoques teórico-metodológicos y, por supuesto, actitudes hacia el financiamiento externo de los centros e institutos de investigación.

En este último punto, es poco lo que el artículo aporta de nuevo. No hay un solo ejemplo de los condicionamientos que se afirma produce la aceptación de fondos de agencias donantes. Se reconoce incluso la existencia de "cierto grado de influencia recíproca" entre donantes y receptores (p. 82). Es lástima esta pobreza, porque reclusa las afirmaciones del autor al nivel trillado de la denuncia, cuando lo realmente importante es discutir con el máximo de objetividad posible, evitando la ingenuidad no menos que la paranoia o la envidia, los alcances, limitaciones y gravitación de la creciente dependencia financiera externa de los centros e institutos de investigación social, en la generación de capacidades científicas, en la definición de los temas y enfoques de investigación, en la difusión de sus resultados.

Las cosas hoy son diferentes a veinte años atrás. Existe una amplia gama de agencias de apoyo a la investigación científica, aunque en los últimos años el interés por las ciencias sociales y por América Latina parece estar en retroceso. Las políticas de financiamiento y promoción de temas ya no se fijan anualmente, como dice Petras, sino por periodos que pueden llegar hasta cuatro o cinco años, y hay varias importantes agencias que o no fijan prioridades, o éstas son tan amplias que es posible articular en ellas cualquier tema relacionado con el continente.

Existen también agencias que financian proyectos sobre derechos humanos, participación popular, investigación-acción, capacitación de masas; agencias que financian proyectos específicos; agencias que financian programas; agencias que financian consolidación institucional.

Mi experiencia personal en este terreno es relativamente equilibrada. Me constan casos en que efectivamente, para sobrevivir, un centro agarra lo que tiene a mano; en general es una experiencia frustrante y de corto plazo, donde más apremiante que el condicionamiento ideológico es tener que dedicarse, por razones de sobrevivencia institucional, a estudiar temas que no interesan mucho. Me constan, también, casos en que los centros negocian mano a mano con las instituciones, y también de transacciones exitosas, desde el punto de vista de la política de investigaciones del centro. Esta es sobre todo mi experiencia con los centros de investigación social en Nicaragua, y con las agencias donantes, gubernamentales y no gubernamentales, que colaboran con ellos —incluidas varias agencias basadas en Estados Unidos—. La importancia de la cooperación externa —en financiamiento, entrenamiento y equipo— para la formación de recursos de investigación científica en Nicaragua difícilmente

podría ser exagerada, ni en sus alcances ni en su eficacia. Existen por supuesto tensiones y desencuentros, proyectos y actividades que se quedan sin apoyo externo, y agencias que se quedan sin contraparte, pero hasta el momento el resultado global sigue siendo favorable al país.³ Sin duda, no se puede construir una teoría general sobre la base de la experiencia de los centros y los intelectuales de Nicaragua, o de América Central, pero mientras Petras no aporte evidencias concretas, me quedo con mi experiencia directa.

Petras tiene razón cuando señala la escasa dedicación que se presta en los centros de investigación a la dominación externa, el imperialismo y temas conexos. No estoy seguro, sin embargo, que la razón principal tenga que ver con el interés en complacer a los donantes, o con la derechización de algunos intelectuales. En algunos casos éstas son efectivamente las causas, pero yo diría que el retroceso de estos temas se registra en general en las ciencias sociales latinoamericanas, incluyendo a los que Petras denomina intelectuales orgánicos. Al mismo tiempo, es innegable que algunos de los mejores estudios sobre el impacto de las transformaciones en la economía mundial, y en la de Estados Unidos, sobre América Latina, han sido producidos por colegas ligados a estos centros de investigación.

Me parece que éste es uno de los puntos más claros de diferencias de criterio entre los científicos sociales latinoamericanos que tenemos una perspectiva crítica, y nuestros colegas de Estados Unidos. A partir del final de la década de 1960, hemos desarrollado en América Latina una creciente atención a los factores endógenos en la constitución y desarrollo de nuestras sociedades y sus múltiples dimensiones, buscando una superación de los estu-

dios inspirados en un marxismo más tradicional que al mismo tiempo que reducía todo a relaciones de producción, ponía un énfasis que ya nos parece excesivo en los factores exógenos. La línea predominante en las ciencias sociales latinoamericanas no desconoce ni olvida al imperialismo ni en general a las fuerzas exógenas, pero nos preocupa determinar el modo en que ellas se articulan a las fuerzas endógenas, las formas en que éstas actúan sobre aquéllas, y lo que resulta de esa articulación. La experiencia de América Latina indica que existe mayor margen de autonomía local que lo que los tradicionales estudios sobre el imperialismo y la dominación externa reconocían. Petras mismo ha contribuido exitosamente al estudio de esa articulación y de las especificidades y particularidades "internas". Su recriminación suena por lo tanto más como un exabrupto que como una crítica, y arriesga a colocarlo en una posición homóloga a la de muchos funcionarios del gobierno de su país: si para éstos todo lo bueno que le puede ocurrir a América Latina viene de Estados Unidos, para algunos marxistas norteamericanos todo lo malo se explica por la intervención externa.

Creo que lo discutido hasta aquí es suficiente para sugerir que es necesario complementar el enfoque del texto que he comentado con consideraciones mejor contextualizadas y más precisas, a fin de hacer justicia a la relevancia del tema y evitar subjetivismos en su tratamiento. Considero importante que Petras haya dedicado su pensamiento y el vigor de su estilo literario a esta cuestión, provocando, en el mejor sentido del término, la confrontación de ideas y un debate en el que los científicos sociales latinoamericanos tenemos mucho que decir.

Managua, diciembre 1989



³ Véase Carlos M. Vilas, *Nicaragua: La investigación científica en un contexto revolucionario*, SAREC Documentation, Research Surveys, Estocolmo, 1988.